

LA ESPERANZA

Introducción.

Deseo comenzar la reflexión sobre la Esperanza narrando una intuición, muy sencilla que tuve, al celebrar por primera vez la Misa en el Santo Sepulcro, en Jerusalén en 1959. Se trata de una pequeña celda y para entrar es necesario agacharse con dificultad. En ese lugar misterioso y fascinante se venera la piedra sobre la cual fue depositado el Cuerpo de Jesús muerto. Era el 13 de julio, aniversario de mi ordenación sacerdotal, entre las cuatro y las cinco de la mañana. Todavía recuerdo con gran impresión el pensamiento que me iluminaba: todas las religiones – me decía a mí mismo – han considerado el problema de la muerte, el sentido de este evento y se han preguntado si existe algo más allá de El. Y yo estoy celebrando en el sitio donde Cristo muerto reposó y donde resucitó vivo. Aquí está la respuesta única, cristiana, a la pregunta universal: ¿ qué se puede esperar después de la muerte?.

El tema de la Esperanza fijar su mirada ante todo el momento dramático, de no regreso, que es la muerte: he aquí a qué se refiere la virtud, la fuerza de la Esperanza. Ninguno puede escapar al problema de la muerte; aunque luego el arco de las expectativas viene a ser amplísimo, afecta toda la existencia humana, el destino y las esperanzas de los pueblos, del mundo entendido como unidad. Los múltiples interrogantes acerca de lo que será de mí, de nosotros, de la humanidad, tienen que ver con la Esperanza, porque esperar es vivir, es dar sentido al presente, es caminar, es tener razones para ir adelante.

¿Tenemos Esperanza?

El punto focal de nuestra reflexión se resume en una sola pregunta: ¿nosotros tenemos Esperanza? ¿Tengo en mí la Esperanza cristiana, o es solamente una palabra? ¿La Esperanza cristiana habita realmente dentro de mí?

Es necesario responder seriamente, sin tener miedo a reconocer que, tal vez, nuestra Esperanza se reduce a una lucecita (y sería ya mucho).

Un exegeta contemporáneo, Heinrich Schlier, describe a partir de San Pablo, los efectos de la falta de Esperanza en el mundo, en estos términos: "Donde la vida humana no está orientada hacia Dios, donde no está comprometida con

su llamada y su invitación, uno se esfuerza por superar el cansancio, la vaciedad y la tristeza que nacen de esa falta de Esperanza". Y agrega que los síntomas de la no esperanza son "la verbosidad de las palabras vacías, la exigencia constante de la discusión, la curiosidad insaciable, la dispersión desenfrenada en la multiplicidad, la inquietud interior y exterior" – nosotros diríamos: las variadas formas de neurosis – "la falta de alma, la inestabilidad de la decisión, el correr continuamente tras sensaciones siempre nuevas".

¿Que es la Esperanza cristiana?

Desde cuando pensé en preparar la carta pastoral "Estoy a la puerta", he seguido reflexionando sobre la Esperanza cristiana y, mientras más reflexiono, más me parece increíble.

La Esperanza es como un volcán dentro de nosotros, como una fuente secreta que salta en el corazón, como una primavera que estalla en lo íntimo del alma: ella nos involucra como un remolino divino en el cual nos quedamos absorbidos, por gracia de Dios, y por eso es difícilmente describible.

Sin embargo deseo ofrecer un intento de definición a través de seis breves tesis.

1.- La primera tesis compara la esperanza cristiana con las esperanzas del mundo. Porque la esperanza es un fenómeno universal, que se encuentra dondequiera hay humanidad, un fenómeno constituido por tres elementos: la tensión llena de expectativa hacia el futuro; la confianza de que ese futuro se realizará; la paciencia y la perseverancia al esperarlo.

La vida humana es inconcebible sin una tensión hacia el futuro, sin proyectos, programas, expectativas, sin paciencia y perseverancia. Pero está también entretejida de ilusiones y por consiguiente está penetrada por la esperanza y también por la desesperación.

Ahora bien – es la primera tesis – la Esperanza cristiana es algo de todo eso y es diferente de todo eso: es diferente de toda forma que el mundo llama esperanza, porque tiene que ver sí y no con las esperanzas de este mundo.

2.- La Esperanza cristiana viene de Dios, de lo alto, es una virtud teologal cuyo origen no es terreno. En efecto, ella no se desarrolla a partir de nuestra vida, de nuestros cálculos, de nuestras previsiones, de nuestras estadísticas o encuestas, sino que nos viene como un don del Señor.

A menudo olvidamos esta verdad y consideramos la esperanza cristiana como un "algo más", que se agrega a las otras cosas.

Entonces, esperar es vivir totalmente abandonados en los brazos de Dios que genera en nosotros la virtud, la alimenta, la acrecienta, la conforta. Mientras la primera tesis comparaba la esperanza cristiana con las esperanzas de este mundo, y afirmaba que de algún modo es igual a las otras pero también es diferente, la segunda tesis nos da la razón de la diversidad: la Esperanza viene solamente de Dios, y se basa sobre su fidelidad.

3.- Entonces debemos comprender cuál es el contenido, el objeto de la esperanza cristiana. Sabemos que, por ser virtud divina, nos hace partícipes de la vida de Dios, es un misterio inefable, inimaginable, inexplicable, realmente indecible.

San Pablo escribe en la Carta a los Romanos: "Una esperanza que se ve, no es esperanza; pues ¿cómo es posible esperar una cosa que se ve?" (Rm 8,24). En otra Carta afirma que "ni al corazón del hombre llegó lo que Dios preparó para los que lo aman" (1 Co 2, 9): ningún corazón ha podido saborear, por consiguiente tampoco nuestro corazón, que es el centro de nosotros mismos. La Esperanza es un instrumento cognoscitivo con una mirada de largo alcance, de grande agudeza y lucidez. Ni siquiera nuestro corazón puede comprender, con todos sus sueños, aspiraciones y deseos, ese bien sin límites que Dios nos prepara, que es el objeto de nuestra Esperanza: algo que está más allá de cualquier expectativa y de cualquier deseo, aunque los colma y los llena de un modo indescriptible. El contenido de la Esperanza cristiana es aquel del que Dios nos llena y nos llenará, si nos fiamos totalmente en El.

4.- Pero la Esperanza cristiana tiene un término, un punto de referencia como objeto suyo propio: mirar hacia Jesucristo y su regreso. Hacia esto se apunta, porque lo que Dios nos prepara, en su amor infinito, no es una incógnita: es Jesús, el Señor de la gloria.

Nosotros esperamos que Jesús se encontrará plena y abiertamente en toda su potencia divina como Crucificado-Resucitado, con cada uno de nosotros, con la Iglesia, y nos hará entrar en su gloria de Hijo al lado del Padre: será el Reino de Dios, la Jerusalén celestial, la vida en Dios.

Nuestra esperanza es que viviremos siempre con El, estaremos con El, nuestro amor, y El estará con nosotros; estaremos, como hijos en el Hijo, en

la gloria del Padre, en la plenitud del don del Espíritu. Este es el término de la Esperanza cristiana.

5.- Sin embargo, debemos hacer una aclaración importante. El regreso de Jesús, que nosotros esperamos, es también un juicio. Es necesario subrayarlo. La manifestación de Jesucristo será también un juicio, una "crisis" en el sentido originario de la palabra griega, que significa precisamente "juicio". Cuando Cristo aparezca, en la hora fijada por el Padre, se verificará para cada hombre la decisión definitiva acerca de su vida, será para cada uno de nosotros y para toda la humanidad el momento crítico, la crisis por excelencia, el juicio final.

En nuestra vida terrena y en la vida de nuestras sociedades se producen a menudo crisis, grandes o pequeñas, personales o familiares, económicas, sociales, políticas, coyunturales, estructurales. Pero todas estas crisis, aunque nos parezcan casi totales, alcanzan siempre solamente una parte de la existencia humana y dejan intactos otros aspectos. No se da bajo el sol una crisis realmente total; y por eso ninguna crisis debería turbarnos, asustarnos, sino en relación con la crisis provocada por la manifestación definitiva del Señor, la única total, la única en la cual el juicio será irrevocable e irresistible.

Por eso San Pablo advierte: "No juzguéis nada antes de tiempo hasta que venga el Señor, el cual iluminará los secretos de las tinieblas y pondrá de manifiesto los designios de los corazones. Entonces recibirá cada cual del Señor la alabanza que le corresponda" (1 Co 4,5). En ese momento del juicio y de la crisis final, todo lo que ha sido sepultado en las profundidades de las conciencias y todo lo que ha sido removido frente a los otros e incluso a nosotros mismos, será revelado y entregado al tribunal inapelable de la decisión divina. En público será emanado el juicio pleno y definitivo de cada uno y de todos: será un juicio imparcial, verdadero, seguro.

6.- Si esperamos el juicio de Dios, ¿por qué podemos hacerlo con esperanza?. La respuesta es sencilla: porque nos aferramos una vez más a Jesús nuestra Esperanza, que nos juzgará como Salvador de cuantos han esperado en El; como aquel que ha dado su vida al morir para salvarnos de nuestros pecados; como aquel que tiene una mirada misericordiosa para aquellos que han creído y esperado en El, que han sido bautizados en su Muerte y han resucitado con

El en el Bautismo, que han estado unidos a El en el banquete de la Eucaristía, que se han alimentado con su Palabra y se han reconciliado con El en el Sacramento del Perdón, que se durmieron en El sostenidos por el Sacramento de la Unción de los enfermos.

Por consiguiente, la Esperanza es desde ahora la confianza inquebrantable de que Dios no nos dejará en ningún momento sin los auxilios necesarios para ir al encuentro del juicio final con el ánimo abandonado en Aquel que salva del pecado y hace resucitar a los muertos.

Jesús, nuestra Esperanza, nuestra Salvación, nuestra Redención, nuestra certeza, nos sostiene por los caminos difíciles de la vida y nos permite superar, día tras día, las pequeñas y grandes crisis de lo cotidiano y de la sociedad. Y nosotros caminamos mirando hacia un término de alegría perfecta, de justicia plena, de reconciliación total en aquel que, en la Eucaristía, continuamente se ofrece por nosotros sobre el Altar uniéndonos a su misericordia y nos sumerge en el amor del Padre.

Comunicar la Palabra.

Después de haber tratado de describir la Esperanza cristiana, su horizonte, su término y qué implica en el campo de la alegría y de la vigilancia desde ahora, propongo cuatro preguntas para la reflexión personal.

1.- ¿Nosotros los cristianos, yo mismo, nuestro tiempo, nuestra sociedad, tenemos realmente esperanza? ¿Estamos adecuados a la amplitud de la Esperanza cristiana? Si constatamos que tenemos una Esperanza débil, tenue, de horizonte restringido, ya eso puede ser motivo de oración: ¡Danos, oh Padre, la Esperanza, danos el pan cotidiano de la Esperanza; perdona nuestros pecados de poca Esperanza!.

Es importante expresar al Señor el deseo de que El infunda en nosotros la verdadera esperanza.

2.- ¿Cuáles son en mí y en mi alrededor, en la sociedad, las señales de esperanza? Hemos indicado algunas al citar al exégeta Heinrich Schlier: toda concesión al malhumor, al nerviosismo, a la inquietud, a la amargura; toda ausencia de calma, la verbosidad de palabras vacías, las ganas de discutir siempre, la curiosidad, la dispersión en la multiplicidad de las cosas, la

inestabilidad de decisiones en la vida. Todas éstas son señales de que falta la Esperanza.

Y, en la sociedad son señales de que falta la Esperanza la ausencia de claridad, la falta de objetividad, el no ser lineales, la incoherencia, la deshonestidad. A veces, al mirarnos alrededor con ojo escudriñador, nos parece que descubrimos detrás de muchas formas de vida unas señales dolorosas de desesperación oculta, que espera su curación.

¿Cuáles son, entonces, en mí y a mi alrededor, las señales de que está ausente la Esperanza?

3.- ¿Cuáles son, por el contrario, las señales positivas que veo en mí de Esperanza teologal?. No simplemente señales de buen humor, de buena salud (aunque son dones de Dios), sino señales de verdadera Esperanza. Por ejemplo, cuando en las dificultades no pierdo el ánimo; cuando en las crisis personales, familiares y sociales sé contemplar la providencia de Dios que nos viene al encuentro, nos purifica, nos cubre con su misericordia; cuando sé mirar hacia la eternidad, hacia el juicio de Dios con serenidad. ¿Existen en nosotros estas pequeñas y grandes señales de Esperanza teologal?. Y ¿cuáles son las señales positivas que veo en la comunidad, en la parroquia, en la sociedad?.

4.- ¿Dónde tengo más necesidad de Esperanza? Debemos plantearnos esta pregunta tratando de orar por estos puntos débiles de nuestra Esperanza, porque la Esperanza es vida y sin ella no somos cristianos, aún más no podemos ni siquiera ser personas humanas, capaces de sostener el peso de la existencia. La Esperanza nos es necesaria como el aire, como el agua, como el pan, como la respiración.

¡Señor, concédenos Esperanza a nosotros y a nuestra sociedad, que tanto la necesita!

Conclusión.

Deseo concluir con una oración hermosísima, de uno de nuestros Sacerdotes, don Luis Serenthá, fallecido a los 48 años, en setiembre de 1986:

Señor Jesús, Tú eres mis días.

No tengo a nadie más que a Ti en mi vida.

Cuando yo encuentre algo que me ayude,

*te quedaré intensamente agradecido.
Pero, Señor, aunque yo estuviera solo,
aunque no hubiera nada que me diera una mano,
no hubiera ni siquiera un hermano en la fe
que me sostenga,
¡Tú, Señor, me bastas, y contigo vuelvo a comenzar.
Tú eres mi deseo!.*